

El Reto

¿Es real? —preguntó José por segunda vez, incapaz de desviar su mirada de la hermosa gema. La luz blanca incidía sobre la sultanita, refractándose en su interior y revelando fascinantes tonos de verde oliva que lo cautivaron. Fascinado, intentó arrebatársela a Mario, el joyero, quien hábilmente lo esquivó y, con un movimiento sorpresivo, giró el carrusel de luces suspendido sobre ambos. Una luz incandescente se posó enseguida sobre la joya, cambiándole el color a un rojo cobrizo, que sustituyó el verde que tanto le había gustado a José, desconcertándolo. Conforme el calor se intensificaba, el sudor empezó a perlar su frente, obligándolo a desabrochar los dos primeros botones de su camisa azul con rayas grises, dejando al descubierto un gran crucifijo colgado a su cuello, que se bamboleaba siguiendo su agitación mientras él trataba de refrescarse.



Aún absorto en el rojo cobrizo que la luz incandescente revelaba en la gema, José se sorprendió de nuevo cuando Mario manipuló el carrusel para que otra luz cayera sobre ella. Esta vez, bajo la luz amarilla, un tono dorado suave emergió, difuminando el rojo mientras la luz incidía directamente en su centro. La preciosa piedra parecía cobrar vida, capturando la atención de José, quien, subyugado, estaba dispuesto a hacer lo que fuera por ella.

La iridiscencia de la joya lo transportó a un estado de anhelo profundo, una necesidad urgente comparable solo a la adicción. “Con esta ya tendré 20 sultanitas”, pensó, pero esta era, sin duda, la más grande y pura que había visto en su vida. Además, lo que la hacía

extraordinaria era su rara característica de chatoyancy, también conocida como efecto ojo de gato, que rara vez se observa en estas gemas.

Esta propiedad óptica, donde un haz de luz se refleja en forma de una línea delgada y brillante similar al ojo de un gato, solo aparece bajo condiciones de iluminación específicas y en piedras de corte experto. José sabía que esto no solo aumentaba su valor, sino que también le otorgaba un significado especial: en algunas culturas, se considera que el efecto ojo de gato es un talismán protector. Recordó las palabras de su padrino, quien le había enseñado a apreciar estas joyas únicas, originarias de las montañas de Anatolia, Turquía, pero que ahora se comercializaban en todo el mundo.

Mario era un traficante experto en engaños, sabía manipular a los coleccionistas. Sin embargo, había recibido una advertencia días atrás: “No involucres a mi ahijado”. A Mario eso parecía no importarle y le ofreció la joya a José.

—Es tuya por 50 mil —dijo Mario.

—No los tengo.

—Entonces, cruza la frontera con esto —propuso Mario mientras le mostraba una bolsa negra de mano.

—¿Qué es?

—No importa, solo échala en la avioneta.

—De acuerdo —aceptó José, esperando que le entregara la joya.

—Olvidalo —rechazó Mario.

—Cuando traigas la mercancía, te entrego la piedra —aclaró.

Resignado, José cogió la bolsa y se dirigió hacia la avioneta. “Este será otro vuelo rutinario”, pensó, una manera fácil de añadir una joya invaluable a su colección, además de la habitual ganancia por transportar personas ilegales. Una sonrisa esperanzadora iluminó su rostro mientras ascendía en el Cessna y se nivelaba con el horizonte.

Un día antes, a pocos kilómetros de ahí...

María frenó justo antes del cruce de ferrocarril para confirmar la ubicación que su amiga había postado. El Reto que tenía por delante, propio de jóvenes en busca de iluminación espiritual y popular en las redes sociales, la motivaba profundamente. Además, estaba decidida a beber ayahuasca con tal de superarlo. Así que cruzó las vías y apagó el auto. Tras meditarlo brevemente, tomó su rebozo y se acomodó la azucena en el cabello. Le gustaba

cortar flores de su jardín y adornarse con ellas. Una vez que constató lo bien que se veía, se persignó y salió del auto rápidamente para asegurarse un buen lugar. Un indigente con pata de palo, que dejaba surcos al caminar, la vio tan modosita que le ofreció su lugar a cambio de unas monedas. La fila era tan larga que ella aceptó, incorporándose a la romería. No había avanzado ni cien metros cuando una anciana corcovada le ofreció un amuleto y un bastón hechizo.

—La subida está pesada —afirmó la mujer, señalando varias aves enjauladas, entre ellas un pelícano—. Es el símbolo del amor a Cristo —explicó y, después de persignarse dos veces, se colgó la jaula en la espalda y continuó su marcha.



Este encuentro le dio mala espina a María, quien sintió un ominoso presagio que la hizo palidecer y temblar de miedo. Era su primera vez en un lugar así, lleno de extraños y menesterosos. Se cuestionó si lo que iba a hacer era lo correcto. Por un momento pensó en claudicar, pero al recordar lo que llevaba en su vientre, su rostro enrojeció. Esa chispa de esperanza le dio fuerza para seguir caminando hasta llegar al puesto de brebajes. Se detuvo y mientras se refrescaba, reflexionó sobre las creencias. Nunca se había imaginado a los pelícanos como un símbolo de amor; por el contrario, les temía. No le creyó a la pajarera, pero, por si acaso, se lo preguntaría al padre Jesús en cuanto lo viera.

Más allá, en lo alto de la colina, al final del sinuoso sendero rodeado por arbustos secos, se podía ver al chamán del pueblo, envuelto en una nube de polvo. Estaba sentado bajo la sombra del único árbol en la zona, concentrado en la lectura de glifos grabados en un cuero.

De vez en cuando, se rascaba la cabeza intentando descifrar el mensaje. A pesar de la incomodidad de la silla improvisada con troncos mal cortados, la expresión en su rostro reflejaba más desesperanza que el dolor de las astillas que se le clavaban en la espalda. Los lentigos en su cara y manos le recordaban su avanzada edad, y le preocupaba morir sin haber encontrado un sucesor.

Se levantó lentamente y abrió el viejo saco que siempre llevaba consigo. Sacó una cuerda de cáñamo con una bola de cristal en uno de los extremos, preparándose para comenzar el ritual del atardecer. Ató el otro extremo de la cuerda a la rama más baja del árbol y, tras recitar alabanzas y tocar un pequeño tambor, hizo girar la bola de cristal, dispersando la luz en todas direcciones como si fuera un prisma montado sobre un molinillo impulsado por la fuerza de un niño.



Esperanzado de que su sucesor estuviera entre los creyentes que formaban un círculo a su alrededor, el chamán comenzó a danzar en torno a la llama, alternando cánticos con gritos. Su sombra se proyectaba sobre los presentes, que observaban en silencio sin atreverse a interrumpir. De repente, se detuvo, se dejó caer al suelo y golpeó la tierra con sus palos rituales, invocando a los espíritus para iniciar las curaciones. A pesar de los aplausos de la mayoría, los silenció con un gesto y les recordó que estaban allí para despertar a los dormidos, no para adormecer a los despiertos. Algunos se miraron entre sí, sin entender completamente, pero asintieron en señal de aceptación.

Después de beber la ayahuasca, María parecía hipnotizada. Miraba fijamente la bola de cristal mientras avanzaba lentamente colina arriba, esforzándose por seguir a pesar del cansancio. De pronto, la intensidad de la luz la cegó y se cubrió el rostro con el rebozo para continuar, pero se detuvo al sentir un dolor repentino e intenso. Aunque había experimentado dolores similares anteriormente, esta vez era mucho más agudo y le atravesaba el cuerpo. La náusea la invadió y, sintiéndose asqueada, se llevó una mano al vientre y la otra a la boca. Estuvo a punto de desmayarse y decidió abandonar la fila de aquellos que esperaban ser iluminados. El anochecer se acercaba y el camino a su casa se volvía más peligroso con la creciente oscuridad. Afligida, se sujetó el abdomen y murmuró: "No me falles".

Gimiendo, María regresó al auto y lo encendió. El líquido que se escurría entre sus piernas hacía más insoportable su suplicio. Al tocarlo y descubrir que era sangre, el pánico la invadió. Se limpió los dedos y miró a su alrededor. Estaba sola, sin nadie a quién recurrir, pero de repente, la luz que emanaba de la bola de cristal alumbró su rostro. Su imagen se reflejó en el espejo retrovisor y, a pesar de la azucena entre sus rizos, su rostro desfigurado por el miedo no le gustó. Estrujó la flor, marchita como ella, y la arrojó al suelo. Se sentía atrapada y sin salida.

La bola de cristal era su última oportunidad para expiar su pecado. Se bajó del auto y regresó a la fila, pero fue recibida con abucheos y piedras. Se cubrió el rostro con las manos para protegerse, y cerró los ojos... fue entonces cuando la vio. Era una palabra de cuatro letras blancas sobre fondo amarillo que brillaba como la luz de la bola, pero en lugar de encandilarla, la calmó.

Su miedo se disipó y el dolor empezó a atenuarse. María regresó al auto y abrió la puerta. Se sentó en silencio, esforzándose en recordar las letras. Transcurrió más de una hora y, aunque luchó por no lastimarse, la sangre volvió. Frustrada, golpeó su cabeza varias veces contra el volante. Su mente seguía bloqueada. Desesperada, salió del auto, corrió hacia donde estaba el chamán y, sin importarle que la luz la cegara, tomó la bola de cristal, regresó al auto y aceleró.

El chamán, mientras observaba que ella se alejaba, vio que la cuerda de cáñamo se desenredaba al caer del árbol, como si fuera una serpiente liberándose. Era la señal que él había estado esperando. Se levantó, se limpió el sudor de la frente y, suspirando, musitó: "Es la elegida".

María, entretanto, presionaba el acelerador sin preocuparse por el humo que salía del auto ni la polvareda que dejaba atrás. Abrió la ventanilla para sentir el viento en la cara, acarició suavemente la bola de cristal, como si llevara a su mascota a pasear, y respiró hondo. Creía que estaba a punto de obtener la iluminación y, aunque el sangrado no cesaba, tenía fe en llegar a tiempo.

Las campanas de la iglesia comenzaron a repicar en señal de regocijo. El padre Jesús, quien estaba orando en silencio, se sorprendió al escuchar el llamado y salió a investigar. Observó detenidamente y, aunque las campanas seguían sonando, no había nadie a la vista. Esperó hasta el último tañido y, al regresar, notó un auto manchado de sangre que bloqueaba la entrada del patio trasero. Se acercó al vehículo y cogió el rebozo.

“¿Y María?”, se preguntó aturdido mientras caminaba hacia la iglesia, preocupado de que estuviera involucrada en prácticas peligrosas. Aunque buscar la iluminación a través del chamán estuviera de moda entre los jóvenes, a él le parecía una desviación preocupante. Decidió que era momento de tomar medidas drásticas para guiarla de regreso al camino correcto, y quizás incluso de purificarla.

De pronto, vio a María cruzando el atrio de la iglesia. Sin pensarlo dos veces, fue tras ella...

Mientras tanto, el chamán sacudía el polvo del cuero desgastado por el tiempo y leía los glifos tallados en él: “Te buscará sin saber quién eres... te arrebatará la luz... y su cuerpo resplandecerá”. Lo que había sucedido transformó su desesperanza en anhelo. Mirando hacia el cielo, musitó: “Así está escrito”.

Se sintió motivado. La profecía estaba por cumplirse.

El día del vuelo...

La avioneta finalmente tomó la horizontal. José no dejaba de pensar en la hermosa sultanita. Optimista, empezó a tararear una de sus canciones favoritas. Sin embargo, no se imaginaba que al terminarla su vida cambiaría.

En ese momento María extendía sus brazos y abría los ojos. El ruido del bimotor Cessna pasó de ser un zumbido molesto a un taladro que parecía horadar su cabeza. Aunque hacía tiempo que no sufría de pesadillas, esta era increíblemente real. El resplandor del sol le daba directo en la cara, pese a que algunas nubes envolvían ocasionalmente la nave. Creyó estar soñando, ya que la luz era diferente a la que emanaba de la bola de cristal, además, sentía que flotaba. Estaba desorientada y aturdida. La turbulencia la había mareado al punto de hacerle perder la ubicación, y el intenso dolor entre sus sienes aumentaba su malestar. A pesar de que sus manos y pies estaban libres, una punzada aguda en el pecho la mantenía inmovilizada. Lo último que recordaba era el hilillo de sangre que escurría entre sus piernas y la urgencia por llegar a la iglesia.

María sintió escalofríos. Al buscar su rebozo, se percató de que se lo habían quitado. Observó, pasmada, que su vestimenta era diferente: llevaba una falda corta pegada al cuerpo y una blusa amarilla con encajes rosas. Además, le dolían las orejas, como si estuvieran recién perforadas, pero eso era lo de menos. Lo que más le preocupaba era que las cajas de víveres con las que compartía el reducido espacio le apretaban cada vez que la avioneta perdía la horizontal, empujándola peligrosamente hacia la puerta semiabierta de

descarga. En un cambio brusco de altitud, ocasionado por una bolsa de aire, una de ellas la golpeó con fuerza en los hombros, haciendo que se tambaleara al borde del abismo, sujetándose fuertemente para no caer. Fue entonces cuando leyó la etiqueta con la fecha de envío; habían pasado dos días desde su llegada al atrio de la iglesia y lo último que había escuchado era el tañido de las campanas.

Su mente, aún confusa, no alcanzaba a ordenar las ideas, aunque de algo estaba segura: la habían secuestrado. Trató de serenarse, pero el terror y la desesperanza hicieron que sudara en frío. De repente, sintió que su estómago se revolvía, y vomitó sin poder controlarse. Pensó en su hermano y en lo que siempre le repetía: que ella tenía todo para ser feliz y no lo valoraba. Su búsqueda de la iluminación la había llevado a lugares peligrosos, arriesgando innecesariamente su vida. En ese momento, María aprendió la lección. Daría cualquier cosa por volver a su “paraíso” y acariciar las azucenas en el espacioso y bien cuidado jardín de su casa, alejada de esta pesadilla que no merecía.

Poco a poco, los detalles de su desesperada huida del chamán fueron regresando a su adormecida mente. Había logrado superar la atrición gracias a la bola de cristal, y estaba decidida a cambiar su vida. Sin embargo, en el atrio de la iglesia, alguien la tomó por detrás y la sedó, frustrando su objetivo. Ahora, atrapada en una avioneta con destino desconocido, por fin había recuperado el conocimiento. A partir de este momento, María tendría que enfrentar la realidad y encontrar la forma de escapar o, al menos, de sobrevivir. La tristeza la invadió al corroborar que la iluminación que anhelaba aún estaba fuera de su alcance. Su inocencia acababa de terminar.

—¿Ya despertaste? —oyó una voz que no logró identificar.

—Al parecer sí, pero... —dijo María, arrugando el ceño.

—Sí, sé que no esperabas verme —dijo él.

María se giró, y ante su sorpresa, exclamó,—padre Jesús, ¿qué hace aquí?

—Soy tu tutor, siempre lo he sido —respondió con solemnidad el sacerdote.

—Y ahora también seré tu maestro —añadió haciendo énfasis.

María se puso a la defensiva. Jamás había escuchado tal aseveración de parte de un clérigo, y preguntó:

—¿Adónde me llevan?

—A cumplir con el Señor —dijo el sacerdote.

—Te purificaré antes de entregarte a Él —agregó, mientras le ofrecía ayuda para levantarse.

Los ojos de María se abrieron desmesuradamente. Inhaló todo el aire que sus pulmones aceptaban y, mientras manoteaba para zafarse, exclamó:—¡Está loco!

El temor de María se intensificó al darse cuenta de que estaba en manos de un fanático. Él la observaba con una sonrisa en el rostro, mientras ella se agarraba el vientre y volvía a vomitar, ensuciando todo a su alrededor. Justo en ese instante, la avioneta hizo un viraje brusco; las cajas de víveres los golpearon con fuerza, derribándolos. Ambos resbalaron por el suelo, acompañando a las cajas en su vertiginoso descenso hacia el vacío. María alcanzó a sujetarse de la puerta de descarga y observó cómo dos cajas salían disparadas y el padre Jesús, colgado, luchaba desesperadamente para no soltarse de la cuerda que pendía de una de las cajas atoradas entre la puerta y el fuselaje.

María empujaba las cajas con sus piernas, intentando deshacerse del padre Jesús, cuando escuchó:

—¿Todo bien allá atrás? —dijo José.

María no respondió, pero la pregunta la hizo reflexionar. El padre Jesús, a pesar de sus intenciones, era un ser humano y ella no debería atentar contra su vida. Las enseñanzas impartidas por su madre siempre habían enfatizado el respeto universal hacia todos los seres vivos, especialmente hacia el prójimo. Impulsada por este pensamiento, gritó:

—¡Ayuda! ¡Se cae!

José, sorprendido por los gritos, maniobró erróneamente cambiando el ángulo de ataque de las alas de la aeronave, excediendo el límite. Esto provocó que perdieran sustentación y comenzaran a caer rápidamente. María, desacostumbrada a los cambios repentinos de altura, sintió vértigo y un vacío en el estómago. La ingravidez tuvo su efecto, causándole desorientación y mareos. Poco después, mientras José luchaba por controlar el vuelo y el padre Jesús gritaba pidiendo ayuda, María perdió el conocimiento...

Finalmente, José logró estabilizar la aeronave. Se dio cuenta de que había sido engañado. Los pasajeros, en esta ocasión, eran diferentes a los que solía transportar: jornaleros sin papeles. Esto le preocupó enormemente. Su padrino le había advertido que tuviera cuidado, pero él, inexperto, no supo valorar su consejo. Todavía no recapacitaba cuando el tablero activó la alarma de falta de combustible; lo urgente sobrepasó a lo necesario y tras un aterrizaje forzoso que dañó a la nave, lograron salvarse. Sin embargo, el cura recibió un golpe en la cabeza que le hizo olvidar lo sucedido. María despertó quejándose de dolor en las costillas, su rostro, ajado y marchito, denotaba confusión. El hilillo de sangre entre sus piernas había regresado, empeorando aún más su estado.

José se tocaba la nariz, el golpe recibido lo hacía sangrar profusamente y le impedía respirar con normalidad. No obstante, eso era lo que menos le preocupaba. Frenético, comenzó a

buscar la bolsa negra. Si la perdía, seguramente lo matarían. Ninguno de ellos sabía a ciencia cierta lo que pasaba ni cómo enfrentar la situación, salvo que habían sido engañados.

Aunque el futuro era poco prometedor, tras contabilizar los víveres restantes decidieron quedarse temporalmente en ese lugar, inexplorado y perdido entre la frontera de dos países enemigos; comenzarían a adaptarse allí. El cura, sin recordar nada excepto su gusto por la oración, solicitó la ayuda de José para improvisar una pequeña capilla, mientras María se ocupaba de racionar los víveres. Al recoger algunas latas, hizo un descubrimiento: varios vidrios brillaban intensamente entre el fuselaje de la avioneta. Salió rápidamente a avisarle a José, quien, al llegar y ver el destello entre los restos, con un gesto de sorpresa, gritó: “¡Son diamantes!” A un lado, cerca de allí, estaba la bolsa negra, rota en el aterrizaje. Comenzaron a recogerlos cuidadosamente. José temía por su vida; si no los entregaba completos, habría problemas. Por otra parte, ya tenían una forma de subsistir. Si comerciaban con ellos entre los pobladores a su alrededor, quizás podrían proveerse de lo necesario para vivir. Esta era una disyuntiva difícil de sopesar.

José se dedicó a cuidar de María y, tras varios días, ella finalmente aceptó que él no había tenido parte en el secuestro. Con el tiempo, a medida que superaban juntos las adversidades y se establecían, su atracción floreció. Además, María logró perdonar al padre Jesús, quien aún no recordaba los eventos y se resistía a admitir cualquier involucramiento. Sin embargo, semanas después, en un acto de contrición, le pidió perdón a María.

Lejos de ser un infortunio, el aislamiento fortaleció a María y a su pareja. Al vivir alejados, aprendieron a satisfacer sus necesidades sin el temor de ser acosados. María, que inicialmente había buscado iluminación espiritual, encontró en cambio el amor. “Pero qué ingenua fui”, reflexionó, recordando las tribulaciones que había enfrentado al aceptar El Reto. No obstante, sonrió satisfecha al sentirse amada. Más adelante, quizás consultaría con el padre Jesús sobre lo que la pajarera le había dicho: que el pelícano es un símbolo del amor a Cristo. Después de todo lo sufrido, entendía un poco mejor esto.

A pesar de que los engaños perpetrados en su contra los habían cambiado, lograron sobreponerse. Sin embargo, aunque los días transcurrían aparentemente tranquilos, José sentía aprensión cada vez que se imaginaba que lo venían a buscar. La posesión de los diamantes no le permitía disfrutar de su nueva vida. Temía tanto por su familia que incluso había preparado varias “trampas” para defenderse. Después de un año viviendo aislados, el ruido de una avioneta se escuchó en las cercanías. En cuanto la vio, José la reconoció: era Mario, quien venía por lo suyo.

—Llévate al niño —le dijo José a María mientras se quitaba el crucifijo y se lo entregaba.

—¿Adónde? —preguntó María, mientras cargaba a su hijo y le colocaba la cruz.

—A la capilla.

El padre Jesús, rezando por un milagro, la vio llegar. Su vida monástica no le satisfacía. Poco a poco había recuperado la memoria, pero lo había ocultado, buscando una oportunidad para continuar con lo que había iniciado. Era hora de “purificar” a María y ofrecérsela al Señor.

—Adelante, hija —dijo el padre Jesús, sonriendo para sus adentros.

—Maaa —lloró el niño, abrazándose a su madre cuando vio acercarse al padre.

—No llores; es el buen pastor... —confió María mientras el padre Jesús posaba su mano sobre la cabeza del niño, acariciando sus rizos.

Cerca de allí, se escucharon algunos disparos. Las lágrimas contenidas de María finalmente resbalaron por su rostro, quizás reflejando la temida realidad. Tan solo un año había durado su felicidad.

Mientras tanto, la joya en poder de Mario cambió de color. La luz del día había incidido en ella, a pesar de las nubes borrascosas del atardecer. Agazapado y escondiéndose entre los maizales, Mario se acercó cauteloso hacia José, quien lo esperaba dentro de la casa, junto a un señuelo.

—Ten fe, hija —dijo el padre Jesús a cientos de metros de ahí.

—Si el Señor salvara a José, ¿qué le darías a cambio? —preguntó el padre Jesús mientras le secaba las lágrimas.

—Mi vida —afirmó María sin vacilación.

—¿Y aceptarías la purificación? —añadió el sacerdote. Estaba obsesionado con la idea de protegerla y evitar que entregara su alma al chamán.

—No sé, yo... —María no terminó de contestar; su voz se quebró al ver a que José sangraba.

Herido, José caminaba hacia ellos, arrastrando dolorosamente una pierna. Llevaba colgada al cuello la hermosa sultanita multicolor que se bamboleaba conforme avanzaba. Ahora le pertenecía y no la cambiaría por nada. Una de las trampas había funcionado, dejando inconsciente a Mario.

Sin esperar a que José llegara, María corrió hacia él. Su hijo no dejaba de llorar. Ambos se abrazaron, dando gracias a Dios mientras besaban a su pequeño.

Fernando Perales.